

hicieron un esfuerzo para llevarles á un arreglo; pero los souliotas reprocharon á éstos su fea conducta declarándoles que no harían de ningún modo traición á los griegos, y en su consecuencia concentraron en Souli toda su gente, yéndose á tomar posiciones en Hagios Nikolavs, Zarrochi y Momako, —27 de Mayo.—De todos estos puntos fueron arrojados por Chourchid tras valiente resistencia, y Souli, su ciudad, cayó en manos del pachá. Sus úl-

timas posiciones eran ahora Chonia, Avarikos y Kiapha. En este punto, por ser el más fuerte, tenían su gobierno, sus mujeres y niños, sus objetos sagrados y sus tesoros.

Los turcos atacaron simultáneamente dichos tres puntos el 29 de Junio. Sitiaron y bombardearon á Kiapha que no dió señales de inquietud, atacaron á Avarikos y á Chonia y fueron rechazados, distinguiéndose en los combates Natis Botsaris tío de



DUQUE DE ANGULEMA

Marcos, quien abandonó el ministerio de la Guerra que desempeñaba en Grecia para ir á combatir al frente de sus compatriotas.

Chourchid no pudo hacer más, porque para él había llegado ahora el momento de lanzarse sobre Grecia, lo que sabemos no le fué permitido, sin duda, por conocerse ya entonces la conducta de Chourchid en Janina, que fué la causa principal de su muerte. Omer-Vrione fué quien quedó en frente de los souliotas. Este, escarmentado como su jefe, no recurrió al plan de atacar á viva fuerza á los souliotas y resolvió sitiarles por hambre.

Crítico era el momento, y Maurokordatos lo comprendió bien reuniendo cuanta gente pudo para acudir en su socorro, pero por más que hizo, sólo pudo reunir el batallón de regulares griegos que mandaba el italiano Tarella, algunas compañías de jonios mandadas por Panas y el cuerpo de los filo-

helenos, que nunca pasó de noventa y dos hombres, á cuya frente estaba el italiano Dania.

Maurokordatos no era hombre de guerra, sino de consejo; era el más convencido de la necesidad de organizar y centralizar el mando de la insurrección; y ahora le tocaba llevar á cabo una expedición arriesgada que hubiera tenido que confiarse al más valiente y al más estratégico de los jefes griegos. Así, cuando tan poca gente tenía, principió por destacar á quinientos hombres para que pasaran á Thesprutia y abastecieran á Kiapha de lo que parece que por aquel entonces no había necesidad absoluta. Al tomar posiciones en el valle de Artá para empezar la campaña, Maurokordatos vió, y no sin dolor, que no tenía bajo su mando más que unos tres mil hombres. Maurokordatos hubo de contentarse con la esperanza de ser reforzado. Celebrada que fué una entrevista con Marcos Botsaris para

maniobrar junto con ellos, se resolvió atacar por la parte de Peta, á fin de que por lo menos Botsaris pudiera escapar de sus posiciones. El día 4 de Julio todo el mundo estaba en los puestos que se les había designado.

Por las partes de Peta se encontraba, sin embargo, Gogos Bakolas que ni turcos ni griegos consideraban como de los suyos. Gogos el año anterior había batido y detenido por sí solo á los turcos en aquellos mismos sitios, ¿á quién combatiría ahora? Gogos se ofreció á los helenos, no desanimó á los turcos, porque lo que él se proponía

era ayudar al que venciera para asegurarse parte en el botín.

Omer-Vrione sabiendo lo menguado del refuerzo que se encontraba en Peta, no hizo caso de Maurokordatos y continuó atropellando á los souliotas, á quienes puso ya en peligro de perdición.

Era necesario, pues, que los griegos avanzasen y éstos se resolvieron á marchar adelante á pesar de los que auguraban que se iba á una desgracia, segura por falta de número, pero Tarella y Dania despreciaban al enemigo y su ciega obstinación fué causa de la catástrofe.



Ataque de la escuadra turca por Kanaris

Fué Rechid-Mehmed-Pachá quien el día 16 de Julio inició el ataque, llevando consigo de siete á ocho mil hombres. Los griegos y los filogriegos se batían admirablemente y la victoria parecía decidida á su favor, cuando Gogos, que en el mismo campo de batalla jugaba su doble juego, dejó pasar una vanguardia turca, á la vez que detenía con su fuego al cuerpo de ejército de que formaba parte. Aquella vanguardia no sospechando nada, ó seguro de lo que se trataba, apareció de punto en lo alto de una colina á espaldas de los griegos, éstos, creyéndose cortados y vendidos por Gogos, desmayaron y se desbandaron, la derrota fué completa. Tarella y Dania cayeron en el campo de batalla con los suyos, Panas y el general Normann salieron heridos.

La opinión general de los vencidos fué la de que Gogos les había hecho traición, y éste se presentó á justificar su inocencia delante de Maurokordatos; pero en vista de las censuras y desconfianzas de que era objeto, resolvió pasarse á los turcos quedando de esta suerte justificada su traición en el campo de batalla.

Las consecuencias de la derrota de Peta eran grandes y funestas para la causa nacional, Maurokordatos quedaba desprestigiado cuando de hombres como él era de los que estaba Grecia necesitada. Los souliotas quedaban abandonados á su suerte. Acosados por el hambre ofrecieron rendirse si se les dejaba el paso libre para las islas Jónicas, lo que se convino y el 14 de Setiembre aquellos valientes se embarcaban en Kaphalonia para las islas. No todos los souliotas emigraron: Marcos Botsaris y parte de su gente quedóse al lado de Maurokordatos, á quien abandonaron otros capitanes griegos uniéndose á Omer-Vrione; así este pachá pudo avanzar por todos lados, favorecido por la traición, lo mismo por la Akarnania que por la Etolia. Viéndose por último, —2 de Noviembre,—los leales con Maurokordatos obligados á encerrarse en Missolonghi.

Omer y Rechid corrieron á Missolonghi y los cercaron lo mismo de parte de mar que de parte de tierra. Una pequeña escuadra al mando de Yusuf-Pachá, terminó el círculo del bloqueo.



Era tan general la opinión de que no era posible resistir en Missolonghi, que los ingleses ofrecieron á Maurokordatos un asilo en las islas, pero el gran griego, comprendiendo que la salvación del Peloponeso y la destrucción de Dramali estaba en sus manos; reunidos en consejo grandes y pequeños les dijo que hicieran todo lo que quisieran pero él había resuelto morir en Missolonghi. Botsaris fué el primero en juntarse á él, diciendo que también quería morir allí y á su lado, y á su ejemplo no hubo quien no resolviera inmolarse para salvar su patria. Así se preparó Missolonghi para su gloriosa defensa hasta ponerse al lado de Sagunto y de Numancia.

Missolonghi es una ciudad moderna, la primera vez que se la encuentra citada es en 1684, y está situada en una lengua de tierra entre el río Blanco Acheloo y el Phidaris Evenos. El suelo de la ciudad está casi al nivel del mar, cuyas aguas en invierno lamen sus muros. El poco fondo del mar por aquella parte es causa de que se haya formado delante de Missolonghi una laguna de sesenta y cinco leguas de circunferencia, no pudiendo entrar en ella más que barcas de quilla plana. Un pequeño canal atraviesa la laguna y une la ciudad al mar, pues por él pueden pasar buques de poco calado. A la parte oriental de su canal se encuentra la isla de Vasialadi, que en 1816 por su importancia estratégica, hizo fortificar Ali-Pachá. Tres cañones componían, sin embargo, todo su armamento. Por toda defensa, por parte de tierra, tenía la ciudad un foso de cuatro pies de fondo y siete de ancho, que la rodeaba comunicando por uno y otro lado con la laguna, siendo su línea de defensa de una lengua. La muralla era un parapeto de alto de cuatro pies y de dos pies de ancho, sin torres y sin más armamento que diez y seis cañones de hierro. Los sitiados levantaron luégo un segundo recinto que ponía en comunicación á las dos iglesias de la ciudad. Los defensores quedaron reducidos á trescientos sesenta hombres, pues se hizo salir de la ciudad á toda la gente inútil para su defensa. Las provisiones eran para un mes. Hé aquí la gente que resolvió oponerse á los once mil turcos, que principiaron á bombardear la ciudad con once cañones y cuatro obuses.

Viendo que el bombardeo no intimidaba á los defensores de Missolonghi, Rechid-Pachá aconsejó dar un asalto general; pero Omer Pachá convencido de que necesitaba de aquella plaza para cuarteles de invierno, se decidió para abrir negociaciones á fin de impedir la destrucción de la misma, y

Maurokordatos consintió que se entrara en tratos, no porque pensase en rendirse sino para dar tiempo á sus compatriotas para que le socorrieran. La esperanza de los griegos no quedó fallida. Tres días faltaban para que se cumpliera el plazo convenido para la salida de la gente de Missolonghi, cuando comparecieron siete buques de Hydra que fueron los bastantes para hacer tomar el largo á Yusuf-Pachá que por su parte había amenazado sepultar á los griegos en su ciudad. Los buques de Hydra, á cuyo bordo aconsejaba Omer-Pachá que subieran Maurokordatos y los suyos para salir de la ciudad, desembarcaban por lo contrario á setecientos hombres del Peloponeso, á los mismos que se habían encerrado en Argos. A Missolonghi, pues, llegaban ahora Petro-Bey, Zaimis y Delzannis. Desde este momento no se pasó día sin que no acudieran á Missolonghi nuevos defensores, que llevaron el número de sus defensores hasta cerca dos mil setecientos cincuenta combatientes, bien abastecidos por los jonios. Los etolios del interior alentados por el ejemplo, principiaban á agitarse á espaldas de los turcos, formando dos cuerpos de tropas mandados por Chassapaíos y Xisomeros, que cortaron á los turcos sus comunicaciones con Artá y Preveza.

Decidieron los turcos dar el asalto á la ciudad el día de Navidad de 1822, en cuyo día fué necesario que Grivas abandonara la ciudad con quinientos hombres para agitar la Akarnania, de modo que en el momento crítico, Missolonghi no contaba más que con dos mil doscientos cincuenta defensores. Enterados de que iban á ser asaltados se prepararon á la defensa, siendo atacados una hora antes de apuntar el día. Los albaneses dieron el asalto que sostuvieron durante tres horas, hasta dejar en el foso á quinientos de los suyos con todos sus abanderados.

En vista del fracaso, Gogos y los demás capitanes griegos que habían hecho traición, enterados por otra parte de cómo estaban las cosas en Corintho, añadieron á sus traiciones una traición más y se fugaron del lado de los turcos. Desalentados éstos, viéndose á su vez cercados, resolvieron retirarse de delante de Missolonghi, abandonando su artillería y bagajes para poder escapar más á la ligera, sufriendo sensiblemente antes de poder llegar á Preveza, — 30 de Febrero, — con pérdida de mucha gente.

Cuando Dramali se vió cercado y sin esperanzas de socorro en Corintho, desmayó hasta el punto de morir de pena el 8 de Diciembre, dejando á sus soldados sin jefe y sin dirección. Estos procuraron resistir cuanto pudieron hasta que obligados por el hambre, los más valientes de los pocos

que quedaban, resolvieron abrirse paso á la bayoneta para Patras, dejando una pequeña fuerza en el inexpugnable Akrokorintho.

Mil hombres consiguieron, en efecto, embarcarse, pero los tres mil quinientos que no pudieron hacerlo, tomaron el camino del litoral, yéndose para la Achaia, — 16 de Enero de 1823.

Aun cuando los griegos de aquella parte no se entendían, al saber la aproximación de los turcos se unieron, y con Zaimis á su cabeza se fueron á defender el paso del Akratas. Dos veces asaltaron los turcos las posesiones de los griegos, — 18 de Enero, — dos veces fueron rechazados. Los turcos no podían avanzar y no podían ser socorridos, mientras los griegos lo eran por otro Zaimis (Andrés), por Lourtis y Odyssevs, que habiendo sabido lo ocurrido en Akratas, acudían allí ya que no eran necesarios en Missolonghi. Con este refuerzo, pues, los turcos se vieron bloqueados y hubieran allí muerto todos de hambre, si Yusuf-Pachá no hubiese conseguido salvarles en un estado de inanición casi completo. Así terminó esa campaña de 1822, con tantos alientos emprendida por Turquía y cuyos jefes tan triste fin tuvieron.

Del ejército de Dramali á lo sumo se salvó una tercera parte, y de la escuadra sus buques almirantes incendiados por los brulotes griegos, decían á Turquía y al mundo, que había llegado la hora de la resurrección de Grecia.

Cuán diferentes fueron los resultados de la campaña, de lo que se esperaba, y con cuánta gloria había sabido escapar Grecia del gran peligro que la había amenazado, Grecia, sin más auxilio que el de unos cuantos entusiastas particulares y sin más fuerzas que las suyas propias para continuar la lucha,

podía aún sucumbir que el fanatismo turco sólo tenía que hacer un llamamiento á la pasión para que salieran tras el estandarte verde del Profeta, nuevas y no menos valientes legiones sedientas de la sangre de los cristianos.

No es, pues, de extrañar que durante los días de angustia de ese año 1822, se pensara en poner por algunos primados á Grecia, bajo el protectorado de Inglaterra, á lo que se opuso el Senado que no perdió nunca la confianza. Pasaba por jefe del partido inglés Maurokordatos, quien, bien que no desesperanzado, hubiera querido asegurar á su patria una posición parecida á la de los Principados Danubianos, bajo la garantía de una gran potencia.

Cuando la fortuna se puso del lado de su diosa principal, de Minerva, ya no se pensó en una semi-independencia, sino en una independencia completa. Así el gobierno se resolvió á enviar á los monarcas reunidos en Verona, al conde Metaxas y al francés Jourdain, con despachos para ellos y para el Papa, para hacerles saber que los griegos no aceptarían resolución alguna del conflicto pendiente con la Puerta, en el cual no hubieran previamente convenido. Así hablaban ya los que no habían hecho más por ese tiempo que rechazar de Argos al imprudente Dramali, cuando Chourchid-Pachá podía aparecer en el Peloponeso, cuando la armada turca podía restaurar los bríos del ejército turco terrestre con sólo llenar sus almacenes de víveres. Pero esta arrogancia era más que justificada, pues al fin y al cabo lo conseguido se había conseguido, no sólo contra Turquía, sino contra las grandes potencias que tan fácilmente hubieran podido prevenir las sangrientas páginas que manchan la historia de la guerra de la Independencia de Grecia en 1822.

